

Félix J. Palma Las  
Interioridades

Premio  
TIFLOS de  
Cuento  
2001

Estos relatos abren puertas a lo desconocido, y muestran un mundo tan inquietante como absurdo: un hombre descubre que existe una vida paralela en el interior de los armarios; un oficinista encuentra el amor viajando en una maqueta de trenes; una familia vive con un hombre tras las cortinas del salón; un barco fantasma surca los mares con una niña en cubierta; el amor de un hombre por la dependienta de una tienda de mascotas le lleva a formar un zoo en su propia casa...

Guiado por una escritura deslumbrante, cuajada de hallazgos e imágenes sorprendentes, y un sentido del humor muy especial, el lector se internará en una realidad distinta, una realidad trastocada por un orden nuevo, poblada por seres normales obligados a convivir con el delirio, náufragos en un mundo que ya no reconocen.

*Un jurado presidido por Ignacio Escanero y constituido por José Manuel Caballero Bonald, Antonio Pereira, Juan Manuel de Prada y Reyes Lluch, que actuó como secretaria sin voto, otorgó a la presente colección el XII Premio Tiflos de Cuento, convocado por la Organización Nacional de Ciegos Españoles.*

## Las interioridades

Conocí a Moncada en el armario de Silvia Pizarro. Era la primera vez que me encontraba con alguien dentro de un armario y, francamente, el verlo allí encogido, con el rostro medio cubierto por los faldones de una gabardina y tratando de no quemar nada con el cigarrillo, no hacía presagiar el comienzo de ninguna gran amistad. Pero así ocurrió. Una vez superé la tensión inicial y asimilé lo extraordinario del encuentro, Moncada y yo entablamos una conversación que si bien al principio resultó algo tópica, como esas que se mantienen con los barberos o los taxistas, no tardó en interesarnos. Dado que él ya se encontraba allí cuando yo llegué, Moncada asumió el papel de anfitrión de un armario que a ninguno de los dos pertenecía. Con una carta de amor que encontró en una caja con forma de corazón que no le dejaba estirar los pies, fabricó un cenicero, y luego me ofreció tabaco. Descargando la ceniza sobre aquellos ripios de enamorado, hablamos de fútbol, de música, de los hijos, de las cosas de fuera, con la extraña sensación de que no sólo estábamos matando la espera, sino que de alguna forma nos estábamos reconociendo como afines. Fueron los primeros balbuceos fraternales de dos almas que se aproximan la una a la otra con pudorosa lentitud, disimulando el entusiasmo, puede que la desesperación, como si no quisiéramos desvelar al contrario una vida desprovista de amistades tan profundas como la que parecía querer romper entre nosotros.

Lo cierto es que la oscuridad de los armarios se tolera mejor en compañía. Y Moncada se me antojó la compañía perfecta: era buen conversador y se replegaba en su rincón con pericia de armadillo, obsequiando a su acompañante con un generoso espacio para moverse. Cuando observé que traía un termo de café y una tartera con emparedados comprendí que no estaba compartiendo armario con cualquiera. Moncada era un hombre experimentado en estas lides, una especie de sobreviviente de la espera. Como aquel armario no disponía de luz interior, le fui completando el rostro a golpe de mechero. Entre cigarrillo y cigarrillo, la llama del encendedor limpiaba de sombras un semblante anguloso, casi equino, donde relucían dos ojos negros y profundos en cuyo fondo parecía palpitar un furor aquietado, como una bala en la recámara. Era aquel brillo vagamente turbador el que evitaba que su rostro pudiera plasmarse en los cuadros de las iglesias, a los que un cabello rizado como el algodón de azúcar y unos labios infantiles parecían predestinarlo. En un momento de la velada, Moncada me pidió disculpas, extrajo un teléfono móvil de su chaqueta y se giró en lo posible, rebañando cierta intimidad en aquel universo ya de por sí bastante íntimo. Le oí hablar con su mujer, con quien cruzó un par de palabras que no logré entender antes de abandonarse a una letanía de arrumacos y embelecos tan infantiles que me hicieron creer que su cónyuge sufría algún tipo de discapacidad síquica, antes de comprender que la mujer debía haberle pasado el auricular a su hijo. Cuando agotó su repertorio de carantoñas, Moncada, en un tono dulce pero teatralmente autoritario, ordenó a su vástago que se fuera a la cama, que papá llegaría muy tarde esa noche. Luego, de nuevo ante su esposa, abominó del trabajo y se deshizo en excusas y futuras compensaciones, en una cantinela en la que lo único novedoso debió ser el emotivo verso con el que la remató, leído sobre la marcha del cenicero. No había duda de que Moncada era un tipo acostumbrado a aquella vida de armarios,

y que incluso parecía haberle encontrado cierta gracia a los espacios angostos, a la oscuridad y a las largas esperas, quizá porque cargaba con un pasado de trincheras en alguna guerra remota que le había originado un trauma, o tal vez porque, con un sentido del humor de lo más negro, consideraba aquellas estancias como ensayos para la estrechez definitiva del ataúd. Eran pasadas la medianoche y la conversación se encontraba en lo más álgido cuando, con unos golpecitos en la puerta, Silvia Pizarro nos avisó de que ya podíamos salir. Ambos nos descalzamos y, con los zapatos colgándonos de los dedos como ratas muertas, abandonamos el armario sin la certeza de volver a vernos.

Tras ese primer encuentro, sin embargo, ya nada fue igual. Durante aquellas horas de charla, con los cigarrillos revoloteando como luciérnagas sobre el sentimental cenicerero, Moncada me había confesado que, aparte del armario de Silvia Pizarro, él solía frecuentar otros. Y no le importó compartir conmigo sus descubrimientos. Me cantó las excelencias del armario de Elsa Puche, que me recomendó por lo acertado de su tamaño, unas dimensiones cálidas y confortables que parecían diseñadas expresamente para el disfrute de los hombres que se adentraban en su interior; me advirtió sobre el de Verónica Alonso, un vestidor enorme en el que uno se sentía desamparado, como precipitado al vacío, pugnando inútilmente por alcanzar su fondo o sus paredes. Entre calada y calada, me habló del de Carolina Pozo, tan oscuro y profundo como su apellido; del de Fátima Rivera, que olía a lavanda y flores secas; del de Leticia Burgos, henchido por la humedad. Me habló también del de Sonia María de la Cruz, que se movía insinuante al compás de sus movimientos, debido a la cojera de una de sus patas; del de Pilar Collado, que no podía contener un gemido de dolor cada vez que alguien se internaba en él, a causa de sus bisagras mal engrasadas; del de Yolanda Noriega, siempre tórrido y supuroso debido a la caldera que palpita al otro lado de la pared; del de Cristina Eugenia

Ovejero, un armario virginal, que debido a una mudanza eternamente pospuesta, todavía atesoraba ese olor tan incitante de lo que aún está por estrenar; del de Virginia Ballesteros, que a pesar de su edad se antojaba tan imberbe como el de una niña, empapelado de un rosa pubescente y en cuyo fondo se apretaban los peluches que desterraba de su cama cuando recibía visita. Aquel inventario de armarios me abrumó y, al día siguiente, descubrí que no deseaba regresar a mi armario de siempre. Me apetecía cambiar de aires, explorar nuevos lugares, ampliar mis horizontes. Seguir, en definitiva, los consejos de Moncada. Así supe que cada armario es también un mundo, que no hay dos iguales. Primero me apliqué a seguir los pasos de Moncada, como un perito que quisiera comprobar sus informes sobre el terreno. Pero enseguida me entregué a experimentar por mi cuenta, redondeando así la lista de mi maestro, componiendo afanosamente un censo de armarios de lo más respetable y variado. Descubrí así que existían armarios grandes y pequeños, húmedos y secos; armarios tan fríos que nunca acababan de calentarse, tan estrechos que parecían escupirte al menor movimiento, no quererte dentro, y tan holgados que se antojaban como dados de sí, desencajados por el uso, por un tránsito de almas sobrecolector. Los encontré aquejados de infecciones, como la polilla o la carcinoma; de aterciopeladas paredes por las que era un placer pasar los dedos y de contornos ásperos, que evidenciaban un acabado que dejaba mucho que desear. Los había que olían a romero, a espliego, a cerrado. Los había en los que debías acomodarte siguiendo las instrucciones de su dueña, armarios en los que cualquier postura espontánea estaba prohibida. Los había tan hermosos que uno los penetraba con veneración, como cumpliendo un recóndito sueño de adolescencia; los había opulentos, acolchados de seda y perfumados de costosas fragancias, en los que uno se sentía mendigo, y los había también suburbanos, armarios del arroyo que te acogían sin aspavientos,

abriéndose con una vergüenza conmovedora, con la vaga ilusión de que te quedarías para siempre.

En aquellas correrías también conocí gente. Novatos, en su mayoría, tipos que llegaban con la respiración agitada, la ropa entre las manos y una sombra de terror en el rostro, domingueros de los armarios que durante el tiempo de espera se abismaban en un silencio tenso y evitaban mirarte a los ojos, como si la culpa les confundiera la cabeza, impidiéndoles reparar en que todos estábamos en el mismo barco. En cierta ocasión, tuve que hacer frente al acceso de pánico de un jovencito que con las prisas había olvidado un calcetín delator. Agradecí los dos años malgastados en la facultad de psicología, pero sobre todo aquellos combates de boxeo que amenizaron mis madrugadas. También hubo agradables reencuentros, como cuando me tropecé con Luisito Sanjuán, un viejo compañero de colegio ya propenso a esconderse en el armario de las tizas. A veces, como ocurría en el armario de Remedios Garzo, coincidíamos varios en su interior. Una noche llegamos a ser siete, apelotonados como hámsters entre sus abrigos.

Todo el mundo conocía las virtudes del armario de Remedios Garzo, pero al parecer nadie advertía de su extrema torpeza para llevar la agenda, incompetencia que se traducía en aquel tráfico engorroso. Pero esas masificaciones eran incluso divertidas, lo peor eran los encuentros desagradables, cuando coincidías con algún pariente o con un amigo al que debías dinero.

Mi encuentro más incómodo se produjo, sin embargo, en el armario de Elvira Pulido, una secretaria de la oficina, en cuyo interior coincidí con mi jefe. Fue de lo más embarazoso. Nos quedamos en silencio, cada uno ligeramente recostado contra la pared, con la mirada clavada en el suelo, como dos desconocidos que comparten ascensor. Me costaba reconocer a mi jefe en aquel sujeto tripón en camiseta de tirantes y calzoncillos, y a él debía ocurrirle lo mismo, ya que no tardó en encender uno de sus Montecristo,

como si con aquel símbolo de poder entre los dedos quisiera recuperar parte de su autoridad perdida. Fumó despacio, sin quitarme la vista de encima, como midiéndome desde su esquina del cuadrilátero. Finalmente, tras algunas caladas, se decidió a romper el incómodo silencio, llamándome por primera vez por mi nombre. Emitió un par de juicios corteses sobre el interior del armario, hizo alguna broma, que yo me apresuré a reírle, y como si con eso ya nos considerásemos viejos camaradas, trató de explicarme qué hacía allí, en aquel armario que ya tenía dueño y cuyos materiales, estaba claro, lo desmerecían. Me confesó que no hacía aquello demasiado a menudo, pero que en las alturas existía un tipo de soledad de la que yo afortunadamente nunca sería víctima, una soledad que a veces le espoleaba a descender algunos peldaños para curiosear entre nosotros, y que aquello, era innecesario mencionarlo, no significaba que estuviese descontento con su armario. Luego me invitó a olvidar tan divertido incidente y, propinándome un par de palmaditas en el hombro, me confesó que siempre le había parecido una persona trabajadora y responsable, por lo que llevaba meses barruntando la posibilidad de ascenderme.

El armario de Rosa Alvarado, la mujer de mi jefe, era profundo y nacarado, y parecía perfumado con mimo. En él fue donde me encontré por segunda vez con Moncada, cuya presencia allí venía a corroborar aquello que me había dicho mi jefe sobre la irreductible soledad que arrasaba las cumbres sociales. También advertía de la existencia de un universo invisible de relaciones, de un mundo subterráneo donde las personas que habitaban la superficie se barajaban de otra manera, entablaban vínculos sorprendentes, retorciéndose para tejer unos lazos tan inverosímiles que arriba ni siquiera podían imaginarse. No sabía qué tipo de retortijones habría sufrido la vida como para encontrarme con Moncada en el armario de mi jefe, pero fue verle y comprender cuánto le había echado de menos, cuánto añoraba

su modo de llevarse el cigarrillo a los labios, aquellos gestos de seductor mecanizado, de tenorio que no puede sustraerse a la inercia de unos actos que ya no le dicen nada. Pero sobre todo su actitud en los armarios: la naturalidad con que se apropiaba de una esquina y desplegabá sus cosas, como si su estancia allí no fuese un contratiempo, algo fortuito, y fuesen los periodos que pasaba fuera de ellos los verdaderamente eventuales. Para Moncada la vida fuera de los armarios tenía la misma importancia que se le concede a un sueño o a una representación teatral. Era dentro de los armarios donde uno dejaba al fin de ser un títere, un juguete de las circunstancias, y podía entregarse libremente a la tarea de ser él mismo. Allí uno podía pensar sin interrupciones, diseccionarse el alma con minuciosidad de eremita. Animado por sus revelaciones, yo también me acomodé en una esquina y traté de contemplar mi vida desde fuera, como si me espicara a mí mismo a través de una mirilla. Repasé mi jornada de ese día, y mi existencia se me antojó un muestrario de actos absurdos donde el único lógico parecía ser el recogimiento en aquel armario.

Moncada también sostenía que era en aquella fase del asunto, enclaustrados ya en el armario, cuando uno conocía de verdad a las mujeres. Bastaba el sencillo acto de abrir un cajón para poder estudiar su ropa interior con objetividad, sin el estorbo del deseo. Bastaba con destapar una caja oculta entre jerseys para que nos saltara a los ojos la arenisca de un secreto horripilante, quizá un sobre ajado donde dormitaba un documento que cambiaría de manos una herencia o que aniquilaría unos lazos sanguíneos con el fantasma nunca sospechado de una adopción. Bastaba, en definitiva, con curiosear un poco para encontrar un doble fondo en esa intimidad que supuestamente nos entregaban. Según Moncada, los maridos deberían echar regulares vistazos al interior de sus armarios, así descubrirían los misterios que encerraban. Y estaba claro que no se refería a

nosotros, que poco misteriosos debíamos resultar allí encogidos, con cara de sueño y dolor de espalda.

Los armarios se semejaban hornos donde nuestra amistad crecía como un soufflé. Y, una vez más, tras abandonar nuestro refugio, sentí una especie de impotencia al constatar cómo aquella amistad no podía continuarse fuera. Parecía algo creado en un laboratorio, que moría al entrar en contacto con el exterior. Sin abrigos que te cubrieran el rostro, sin la calidez entrañable de la penumbra, sin aquella proximidad impuesta que no daba lugar a suspicacias, todo resultaba más formal y aséptico. Citarnos, por ejemplo, en un bar o un parque, sin ninguna excusa, sin más motivo que el de querer estrechar lazos, resultaba una propuesta forzada, una petición que dejaba entrever una necesidad del otro que acabaría robándole toda la espontaneidad al encuentro. Además, fuera de los armarios, uno poseía una vida, una existencia probablemente mediocre y desagradable que nunca satisfaría nuestras fantasías, y sobre todo poseía altura, una altura que en el caso de Moncada podía calificarse de envidiable. Cuando, al darle mi teléfono, él tuvo de inclinarse como una jirafa que persigue algo del suelo y yo tuve que estirarme como un perrito que busca algo en los dedos de su amo, ambos comprendimos que nunca habría una llamada que nos citara en ninguna parte, que aquello sólo podía continuar con dignidad en la altitud amiga de los armarios. Así las cosas, tardamos casi tres meses en volver a vernos, al coincidir en un armario tan atestado de cachivaches que más parecía una almoneda. El reencontro nos produjo un gran regocijo que ambos nos apresuramos a disimular: al contrario que entre las mujeres, existe una ley no oficial que reza que la amistad entre hombres no debe exceder nunca en gestos de cariño, pues corre el riesgo de parecerse demasiado a la de esos otros hombres que incluso exageran sus afectos. De manera que nos despachamos con un viril apretón de manos que nos

dejó algo insatisfechos pero que salvaguardaba nuestra hombría.

En aquel plancton de objetos, encontramos un tablero de ajedrez con sus respectivas piezas, y decidimos echar una partida. Le cedí las blancas y, mientras las colocábamos, me interesé por dónde había estado todo este tiempo, en el que no se le había visto el pelo por los armarios. Moncada sonrió, soñador, y abrió con un gambito de rey. Enseguida comprendí que no tenía ni idea de ajedrez, movía las piezas convulsamente hacia delante, como si las desparramara, sin preocuparse por defender a los altos cargos de su impulsivo ejército. Tras comerle el peón y ensayar un jaque para privarle del enroque, opuse a su insinuante silencio una mirada expectante. Era la primera vez que tenía que tirarle de la lengua. Obligándome a sacrificar el peón ganado si quería desplegar mis negras, algo intimidadas por la avalancha blanca, me confesó al fin que había encontrado el armario de su vida, al cual se había dedicado en cuerpo y alma en los últimos meses. Alcé una ceja, sorprendido por el carácter de su confesión. Un armario tan delicioso, tan confortable, que absorbía todo su tiempo, añadió, preso de un trance de enamorado en el que se le despistó un caballo. Insensible a su éxtasis adolescente, lo devoré sin piedad, al tiempo que le preguntaba con calculada indiferencia por la dueña de aquel armario tan extraordinario. Es el armario de Aurora Rivas, confesó mientras me daba jaque mate colocando su alfil a la entrada del pasadizo que me había hecho abrir en mis filas sin yo darme cuenta, y que conducía inevitablemente hasta mi rey. Apreté la pieza vencida en mi puño, luchando por asimilar su inesperada jugada, aquella estocada repentina, aquella cuchillada mortal y doble. El armario de Aurora Rivas era el único armario en el que yo nunca podría entrar. Un armario ropero de dos lunas, modelo Imperial en madera de cerezo, en cuyo interior, magníficamente distribuido, había incluso uno de esos chismes electrónicos que hacían circular las corba-

tas. Un armario que habíamos adquirido con mi primer sueldo, nada más verlo retratado majestuosamente en el catálogo. Un armario espacioso y cálido que se diría que ya compramos pensando en Moncada. Un armario que yo miraba un minuto antes de dormirme, sin sospechar nunca que, como todos, también encerraba sus misterios.

Tras su confesión, Moncada, reclinado hacia atrás, me miraba sin comprender, con el único ojo que podía, el derecho. En el otro tenía clavado un rey negro que le dificultaba la visión. Todo había sucedido muy rápido para los dos. Esperé a que la trabajosa respiración se le extinguiera definitivamente sin saber qué decir. Pensé que tal vez le gustase entender mi súbito gesto, aquel movimiento fuera del tablero, pero no conseguí reunir a tiempo palabras que explicasen los motivos por los que moría. Cuando expiró, como un escapatista con un maniquí, le entrelacé las manos en el regazo, haciéndole componer una postura tan relajada como las que él mismo solía adoptar, y abandoné el armario sin ser visto.

Durante semanas traté de explicarme las causas de mi arrebató, pero no saqué nada en claro. Pensaba en Moncada, lo imaginaba recostado allí dentro, roído tranquilamente por la muerte, y no sentía el menor remordimiento. Parecía como si mi acto, por haber sido perpetrado dentro de un armario, no tuviese por qué acarrear consecuencias. Era como si aquello no contara, como si lo hubiese asesinado en un sueño. Las leyes de los hombres no parecían contemplar el ámbito de los armarios, que se revelaban territorios sin jurisprudencia, lugares para el desahogo, algo así como urinarios de madera donde evacuar los desechos del alma para volver ya aliviados a nuestro puesto en sociedad. Tampoco la omnisciente mirada divina parecía poder penetrar en ellos, como si aquellas creaciones del hombre también fuesen, bajo la coartada de ordenar la ropa, disimulados reductos donde poder huir de su sofocante escrutinio. Lo único que sentía era cierta vergüenza de que otros se toparan

con mi macabra obra. Era un arrebatado difícil de entender y extremadamente fácil de condenar. ¿Acaso no jugábamos todos en el mismo bando? ¿Acaso no frecuentaba yo otros armarios? Mi único consuelo era que el tablero de ajedrez dispuesto entre las piernas de Moncada ofrecía una explicación menos vergonzosa. Pero era un pobre consuelo. Yo sabía la verdad, y resultaba de todas formas igual de doloroso. Cada noche, después de hacer el amor, Aurorita contemplaba nuestro armario con nostalgia, quizá preguntándose que habría sido de aquel mirlo blanco que había anidado en él los últimos meses. Yo ni siquiera lo miraba, y mucho menos hacía amago alguno de abrirlo, como si aquel gesto fuera contra las reglas del juego. Finalmente, tras varias noches de tormento, me acepté como individuo. Llegué a la conclusión de que yo carecía del espíritu necesario para la vida en los armarios. No era digno de ella. Debía abandonar lo único que me hacía soportar mi existencia.

Afortunadamente, existía otra alternativa.

Bajo la cama de Julia Cuevas no se estaba mal del todo. El suelo era de cálida madera de haya y el somier se encontraba lo bastante alto como para que, al moverse, apenas descendiera sobre mi nariz. Allí conocí a Herrera. Era la primera vez que me encontraba con alguien debajo de una cama y, francamente, el verlo allí tumbado cual largo era, limpiándose la cara de pelusas y evitando hacer demasiado ruido al utilizar el orinal, no hacía presagiar el comienzo de ninguna gran amistad.

## Rosas contra el viento

Aunque acudía a verlo casi a diario desde que empecé a trabajar en las oficinas que se encontraban a dos calles de su casa, yo apenas sabía nada de mi abuelo, salvo que amaba los trenes y odiaba las ratas.

—No habrás visto ratas al subir, ¿verdad? —acostumbraba a preguntarme nada más abrir los ojos y descubrirme sentado frente a él, en una silla que yo me traía de la cocina.

Su preocupación ante una posible invasión de las sinietras alimañas estaba plenamente justificada. Mi abuelo seguía viviendo en la casa donde nació, uno de esos pisos antiguos de techos altísimos, vastos ventanales y puertas que se pliegan como acordeones. Aquellas paredes lo habían visto crecer, lo habían visto trotar por sus corredores, fumar a escondidas, escribir versos de amor, pertrecharse, en definitiva, para un futuro inimaginable, que se iría desdiciendo en presente sin producir ruido alguno, y ahora, parcheadas por la humedad, tan cansadas como él, parecían contemplarlo dormitar en su sillón con un afecto impropio de un muro. En aquel piso viejo, donde la luz del día llegaba siempre como arrastrándose debido a los modernos edificios que habían brotado a su alrededor, sobrevivía mi abuelo sin más ayuda que una pensión miserable. Mi padre hacía mucho que lo había abandonado a su suerte, por cierto desplante que el abuelo le hizo el día de su boda y que, desde su punto de vista, venía a culminar los